

LAS GUERRAS DEL SIGLO XXI INTERPRETADAS EN CLAVE DEL PENSAMIENTO DE ALGUNOS CLÁSICOS ORIENTALES

Federico Aznar Fernández-Montesinos

Capitán de fragata

La guerra es para Clausewitz «una actividad del espíritu» y consideraba la violencia y la victoria militar como elementos capitales para el logro de los objetivos políticos ineludiblemente unidos a la guerra. Por su parte, Darwin no hablaba de la supervivencia del más fuerte, sino del más apto, del que mejor se adapta; los clásicos orientales en esta línea inciden particularmente en la adaptación al enemigo para el logro «acóplate al enemigo y alcanzaras la gloria», algo que la supremacía tecnológica y económica de Occidente había podido hacer olvidar. Ambas visiones tienen espacios de encuentro y de debate.

Introducción

Reza un proverbio chino, «quienes siguen diferentes caminos nunca tienen algo útil que decirse». No estamos de acuerdo con esa afirmación en la medida en que la realidad admite diferentes perspectivas; transponerlas permite obtener una visión multidimensional de los problemas lo que facilita su adecuada identificación. Por ello interesa tratarla desde una pluralidad de planos y enfoques para poder mostrar su diversidad y la complejidad que llevan asociada. Como Clausewitz decía:

«El acto primordial, el principal y más decisivo del juicio que ejercen el estadista y el general, es comprender rectamente la guerra que emprenden, no tomándola por algo o desear convertirla en algo totalmente imposible por su propia naturaleza» (1).

(1) CLAUSEWITZ, Carl von: *De la guerra Tomo I*, p. 183.

Y es que tanto la cultura china como la occidental hacen más énfasis en algunos de los factores del conflicto que en otros porque la guerra es un acto cultural, un hecho social y, por tanto, dotado de sus singularidades; no es igual la guerra que emprende un pueblo pastor que la que hace un pueblo agricultor. De ese análisis pueden también extraerse relevantes conclusiones.

Las bases orientales de la aproximación al conflicto

En la cultura china el análisis de la naturaleza de los conflictos bélicos y su conceptualización encaja bien con el carácter paradójico implícito a la lógica circular y recurrente del pensamiento chino. Un pensamiento prendado a veces del dogmatismo de una tradición milenaria.

Todo periodo de transición, en tanto que combina diversos relatos, induce al contraste y a la reflexión; así, el convulso periodo de las primaveras y los otoños (2) (entre 770 y 476 a. C.) dio lugar a un vasto análisis y una profunda reflexión que se plasmó en grandes clásicos de la estrategia, no pocas veces utilizados hoy como prontuarios, de modo que sus referencias son una constante en los estudios parlamentarios.

La guerra hasta entonces ligada al honor, al ritual, se presentaba como una actividad vecinal ejecutada por una élite aristocrática conforme a una conducta perfectamente tasada. No obstante, en los siglos III y IV a. C. la difusión de instrumentos de hierro permitió que una nueva clase de comerciantes desplazase a la aristocracia militar introduciendo nuevos usos y lógicas de pensamiento y transformando la forma de hacer la guerra (3) al tiempo que la universalizaba, gracias al más fácil adiestramiento de las fuerzas y a la accesibilidad de la tecnología armamentística, lo que traerá consigo una mutación en los valores guerreros tradicionales en pos de un mayor pragmatismo para conseguir el éxito.

La guerra pasa de ser un mero objeto de violencia a convertirse en un motivo para la reflexión, lo que lleva a su concepción intelectualizada y ocasiona su transformación de saber heredado a conocimiento abierto. El verdadero guerrero ya no es un hombre fornido y bruto sino quien es

(2) GALVANI, Albert: *Introducción en El arte de la guerra Sunzi*, pp. 25 y siguientes, editorial Trotta 2002.

(3) *Ibidem*, p. 35

capaz de penetrar en los secretos de la ciencia y trasladarlos al campo de batalla.

La nueva forma de hacer la guerra trae lo que Galvany (4), en la tradición china del *ying* y el *yang*, llama su feminización con la que se dota al conflicto de su verdadera dimensión estratégica y reduce sus niveles de violencia; para ello se cultivarán aspectos como la debilidad, flexibilidad, sutilidad, etc. todo lo contrario a la fuerza bruta.

Es la lógica paradójica de la que hablara Luttwak (5) que subsiste en la armonización de los contrarios y que hace válidos pensamientos como los de Se Ma que sostiene «tener en pie demasiadas tropas es una desventaja igual a tener demasiado pocas» (6); o Mao cuando afirma que: «algunas de nuestras debilidades en realidad constituyen fuentes de fortaleza» (7).

Este sentido dialéctico, similar al que se obtiene en gastronomía al combinar sabores distintos, como las salsas agridulces, resulta particularmente útil para un fenómeno dialéctico como es la guerra que está dotada de una lógica específica y propia, en arabesco, con sus avances y retrocesos, con todas las contradicciones de lo intrínsecamente humano.

Muchas veces se conoce el coste de la acción, pero se ignoran no pocos de sus beneficios y parte de las consecuencias; como dice Se Ma: «hay que considerar en todo la contrapartida del enemigo». Y es que la guerra está en permanente estado de mutación, por la necesidad de superar al contrario. La estrategia es paradójica ya que el fortalecimiento de un bando lleva al oponente a diseñar medios para tratar de derrotarle de otra manera, procediendo también para que los recursos de aquél queden inoperantes.

Esto se corresponde directamente con la clásica ley clausewitziana de ascenso de los extremos, acción, reacción, contrareacción, etc. que conduce, finalmente, al empleo de toda la fuerza posible; como resultado, se amplían las líneas de frente, incluyendo áreas no previstas –sorpresa estratégica– y el enemigo se desplaza longitudinalmente a lo largo de toda ella escogiendo el punto y el método para presionar (8).

(4) *Ibidem*, p. 47

(5) LUTTWAK, Edward N.: *Parabellum*, Siglo XXI Editores, Torrejón de Ardoz (Madrid), 2005.

(6) CHOLET, E.: *El arte militar de los chinos*, p. 77, editorial Pleamar, Buenos Aires 1969.

(7) MAO TSE TUNG: *La guerra de guerrillas*, p. 138, editorial Huemul, S. A., Buenos Aires 1966.

(8) LUTTWAK, Edward N.: *Parabellum, opus citada*.

Pero prever las complejas dinámicas de acción-reacción con todas las variaciones posibles es tarea de grandes estadistas, porque «todas las cosas están siempre desplazándose simultáneamente» y son «adversarios de pareja fuerza» (9). Siendo realidades con combinaciones múltiples, matemáticamente inalcanzables; sólo resulta posible su comprensión intuitiva (10): por eso se habla de arte de la guerra.

Un buen ejemplo a nivel operacional de este carácter bascular de la guerra que determina la estrategia es el empleo del arma submarina durante la Segunda Guerra Mundial en lo que se conoce como la batalla del Atlántico.

El empleo masivo de submarinos para atacar los convoyes de suministros a las islas británicas estuvo a punto de colapsar aquel país, pero el desarrollo tecnológico británico acabó con la impunidad con la que operaban; esto provocó a su vez una nueva reacción en las técnicas de guerra submarina alemana, lo que obligó a los británicos a depurar las suyas, etc. Una especie de movimiento vibratorio armónico simple amortiguado que, finalmente, condujo a la derrota en el mar de una Alemania incapaz de escapar a la lógica basculante que había generado y que no fue capaz de superar.

La visión oriental está personificada por la figura del cuchillo del cocinero Qing, que pese a tener 19 años ya, no se encuentra mellado porque corta pero no desgarrar al seguir las formas naturales del cuerpo de la pieza que, por conocido, no precisa siquiera mirar.

Como resultado de todo el proceso de reflexión Sun Tsu escribirá: *Trece artículos del arte de la guerra*, Ou-Tse escribió: *El reino de los Goei*, Se Ma: *Las reglas del arte militar*; Ven-Toui: *Preguntas y respuestas*, mientras Lao Tse escribiría su clásico inmortal, el *Tao Te King* (siglo IV a. C.). Todos ellos se suman a los pensamientos de Confucio (551-479 a. C.), Mo Ti (siglos V y VI a. C.) y Mencio (371-289 a. C.).

De la mano de Mao, Sun Tzu y el «mandato del cielo» (cuyo designio da y quita legitimidad a los regímenes) han adquirido un notable peso especi-

(9) *Ibidem*, pp. 65 y siguientes, la cita procede de Churchill.

(10) QIAO LIANG and WANG XIANGSUI: *Unrestricted warfare*, p. 215, PLA Literature and Art Publishing House, 1999.

fico en el diseño de la teoría revolucionaria (11), formulación con la que se pretende conseguir el poder político por medio de la lucha armada (12). Y también en la actual teoría china de la guerra (13).

Una forma de enfrentamiento radicalmente asimétrica es la no violencia de inspiración gadhiana, la *ahimsa*, en la medida en que descarta el plano militar y traslada la pugna a otros ámbitos y no por vía de la acción sino de la inacción. Como apuntaba Hannah Arendt:

«Ningún Estado puede sobrevivir al colapso de su sistema jurídico.»

Todo ello sirve para demostrar la falta de legitimidad y la debilidad de unas instituciones que no cuentan con el consentimiento de sus gobernados, desacreditando públicamente a un Estado víctima de sus propias contradicciones internas. El desdén de Clausewitz por esa forma de guerra no sangrienta que, a su juicio, sólo practican los brahmanes se muestra injustificado.

Pero Gandhi no es un pacifista, en la medida en que prefiere un violento a un no comprometido. La no violencia supone que se es lo suficientemente fuerte para combatir y se reprimen los deseos de venganza pues:

«No es posible esperar que un cobarde se convierta en un no violento, pero sí cabe esperar esto de un violento» (14); no obstante «sigue en pie, sin embargo, que en cualquier caso la venganza vale más que una sumisión puramente pasiva, totalmente inútil» (15) pues «un ratón sin defensa no es un no violento cuando se deja matar por un gato. Si tuviera fuerza para ello devoraría de buena gana al enemigo. Como no puede hacerlo, lo único que le queda es escaparse, etc., el deber exige que se resista y que muera cada uno en su puesto. Esto sería una actitud no violenta y animosa. Por el contrario, habría coraje, pero faltaría la no violencia, si uno emplease la poca fuerza que tiene en combatir y aniquilar al adversario, con riesgo de su vida» (16).

(11) SHY, John y W. COLLIER, Thomas: «La guerra revolucionaria» en PARET, Peter (coord.): *Creadores de la Estrategia Moderna*, p. 849, Ministerio de Defensa, Madrid, 1992.

(12) *Ibidem*, p. 841.

(13) QIAO LIANG and WANG XIANGSUI: *Unrestricted warfare*, p. 147, Colección Azenai, Toledo, 1983.

(14) GANDHI: *Todos los hombres son hermanos*, p. 147, Colección Azenai, Toledo 1983.

(15) *Ibidem*, p. 147.

(16) *Ibidem*, p. 149.

Confucianos, legistas y mozistas

Todas las escuelas del pensamiento chino antiguo parten de que al principio de todo era el desorden, hasta que el emperador impuso su voluntad. Él es el demiurgo que actúa de mediador entre el macrocosmos y el microcosmos; el desorden en uno implica desorden en el otro (17). Existe pues una relación de analogía entre los cosmos. Por ello, de partida, la guerra representa una perturbación del orden celestial que no es deseable, lo que motiva el que éste deba ser restablecido lo más rápidamente posible.

Para el confucionismo (cuyos principales exponentes son Confucio y Mencio) que representa la tradición de los «reyes sabios», cada uno debe acatar y someterse a su posición inamovible y eterna en el cosmos, el orden celestial determina el orden moral, cuya manifestación se expresa a través de los ritos, que se constituyen en una fórmula de saber dogmático –por eso se debe «actuar en los asuntos militares conforme a los ritos»– y en la sumisión ante los «mayores»: emperador, padre y esposo. Ello, en la práctica, supone una inclinación hacia el inmovilismo y la sumisión incondicional.

Su propuesta como, la del mozismo, es un sistema político basado en la moral, una moralidad, eso sí, de rasgos kantianos. El ideal confuciano se basa en la compasión, lo que hace al príncipe radicalmente humano y presume la bondad del hombre. El modelo de relaciones que propone es la familia y el parentesco.

Esto lleva a Mencio a afirmar que si un príncipe fuera capaz de ejecutar los principios del Cielo, no necesitaría conquistar el mundo, pues todos vendrían a hacerse sus súbditos. El emperador se presenta como el motor inmóvil, que no actúa mientras las cosas se mueven como una suerte de emanación suya. El emperador no toma decisiones realmente sino que se apacigua en tanto que se somete; esto se manifiesta en el rito. Su tarea consiste en elegir a sus ministros, con ello se pone orden en el cosmos poniendo nombre a las cosas (18).

Mo Ti se manifiesta en desacuerdo con el modelo confuciano por su sistema de relaciones de parentesco; el suyo predica el amor universal, que es contrario a la jerarquía. Al tiempo, promueve el gobierno de los más capaces presentando el cielo como un dios personal y el amor y la justicia

(17) HERRANZ, Manuel: «La filosofía política china clásica», en: www.casaasia.es/pdf/

(18) *Ibidem*.

como una finalidad teleológica. Este amor comunitario permite, además, el provecho mutuo (19).

Así, el mozismo tiene un componente utilitarista e individualista. Si tratas al padre de otro como al tuyo y el otro te corresponde, el beneficio es mutuo (20). Su propuesta política es una suerte de democracia autoritaria:

«Gobierno que se conforma a la voluntad de Dios es gobierno justo; gobierno que va contra la voluntad del Cielo, es gobierno de violencia» (21).

Para ello argumenta que, si la benevolencia se dirige primero a los más cercanos, y después a los más lejanos, no resuelve sino que acrecienta el problema de la guerra, ya que está mal considerado robar y matar al vecino mientras que está bien visto hacerlo al lejano; su propuesta es la doctrina del amor universal, hecha basandose en absolutos éticos, que pasa por tratar a todos por igual, algo que enseña el Cielo que da luz y agua a todos sin distingos (22).

Esta doctrina considera como una de las principales fuentes de conflicto, el choque entre lo nuevo y lo viejo; su visión, ausente de fatalismo, como fórmula para superarlo, partiendo de lo antiguo, propone la justificación de lo moderno. En cualquier caso, condena la guerra de agresión y busca la justicia social.

Al final, la unificación de China acabó con un mozismo dividido en diferentes sectas, y que llegó a contar con una fuerza paramilitar numerosa que ponían a disposición de los reinos atacados injustamente.

«Les sobra territorio y les faltan hombres y aún así se atacan mutuamente para disputarse los territorios. Pierden aquello que escasea por acrecentar lo que les sobra» (23).

Los legistas, por su parte, desdeñan las virtudes confucianas y consideran que el emperador es el único que puede poner fin a la anarquía de la diversidad de pareceres, su voluntad marca lo correcto y lo incorrecto y se expresa en leyes, las cuales deben ser las fuentes de la moral.

(19) MATEOS, Fernando: *Introducción*, en Mo Ti: *Política del amor universal*, p. XXXIX, editorial Tecnos, Madrid, 1987.

(20) *Ibidem*.

(21) Mo Ti: *Política del amor universal*, opus citada, p. XLII.

(22) HERRANZ, Manuel: *La filosofía política china clásica*, opus citada.

(23) Mo Ti: *Política del amor universal*, opus citada, p. LVIII.

Todo tiene un precio que se paga mediante recompensas o castigos haciendo converger los intereses privados y públicos (24). Del gobierno mediante ritos de los confucianos, se pasa al gobierno mediante leyes y las virtudes predicadas por aquéllos son reemplazadas por la obediencia a leyes que, además, no son inmutables. El hombre se presenta así como superior al Cielo.

Su propuesta es progresista frente al inmovilismo confuciano, aunque hay que reseñar que estas leyes son instrumentos del emperador que no están orientadas tanto a proteger al ciudadano como al beneficio del Estado, auténtica expresión de la compasión del monarca. Su política exterior es una política de guerra (25).

El pensamiento de Sun Tsu y la relectura de Mao

Al margen de la existencia individual de Sun Tsu (otro debate similar tiene lugar con Lao Tse) y de la datación histórica del libro: *El arte de la guerra*, éste es en un clásico imprescindible por la utilidad de los pensamientos y lógicas que en él se exponen ha sido trasladado también a muy diversos contextos.

Sun Tsu analiza la guerra sin apriorismos, como dijera Lenin mediante «el análisis concreto de una situación concreta» (26); para ello utiliza un lenguaje conceptual y sintético que va de lo general a lo particular, de la filosofía a la praxis. Su propuesta es fundamentalmente técnica, instrumental, ausente de juicios morales; ello lo consigue definiendo el deber ser sin entrar a valorar las razones que lo justifican, como el arte de la esgrima no entra en las causas que llevan a desenvainar la espada.

Para Sun Tsu lo político y lo militar marchan de la mano, aunque dado el componente técnico intrínseco a la guerra, su comienzo corresponde al nivel político mientras que su desarrollo es militar, técnico. Existe una clara separación entre los niveles. Es este un juicio excesivamente simplista, primitivo, que ignora el hecho de que la política impregna todos los niveles de conducción de los conflictos, lo que es particularmente relevante

(24) SAN GINES AGUILAR, Pedro: *Introducción*, en HAN FEI ZI: *El arte de la política*, pp. XXX y siguientes, editorial Tecnos, 1998.

(25) *Ibidem*, p. XXXII.

(26) ALTHOUSSER, Louis, *La Revolución teórica de Marx*, p. 171, Siglo XXI Editores.

en las nuevas guerras donde en no pocas ocasiones prima lo táctico. Al decir de Mao:

«La guerra es política con derramamiento de sangre, la política es guerra sin derramamiento de sangre» ya que «aunque los objetivos militares y políticos no son idénticos, es imposible separar los unos de los otros» (27) toda vez que «el poder político brota del tubo de un cañón.»

La guerra es objeto de cálculo racional pues:

«Es un asunto de importancia vital para el Estado; un asunto de vida o muerte, el camino hacia la supervivencia o la destrucción. Por lo tanto, es imperativo estudiarla profundamente» (28) y debe ponderarse cuidadosamente aunque, en general, no es deseable, pues «la victoria se puede predecir pero nunca se puede garantizar» (29) ello es consecuencia de que «uno mismo es capaz de hacerse invulnerable pero la invulnerabilidad del adversario depende del propio adversario» (30).

Para la filosofía china tradicional, no existen prototipos ni la interrelación de diversos elementos produce siempre el mismo resultado, por ello, no se esfuerza en anticipar las consecuencias de un mismo fenómeno al tiempo que busca generar una propuesta cosmogónica armónica; no es tan importante vencer como encontrar el camino hacia la victoria (31). Como decía Mao:

«No podemos exigir que los generales sean siempre victoriosos. La Historia conoce muy pocos generales así... es necesario asimilar un método... conocer a fondo todos los aspectos del enemigo y los nuestros, descubrir las leyes que rigen sus acciones de ambos lados y aplicarlas en nuestras propias acciones» (32).

La guerra no tiene reglas pero tiene principios, es un espacio de incertidumbre y creatividad (33). La propuesta de Sun Tsu es una metodología,

(27) MAO TSE TUNG: *La guerra de guerrillas*, p. 135, *opus citada*.

(28) SUN TSU: *El arte de la guerra*, p. 49, *opus citada*.

(29) *Ibidem*, p. 61.

(30) *Ibidem*.

(31) PUELL, Fernando: *Introducción a SUN TSU: El arte de la guerra*, p. 42, *opus citada*.

(32) MAO TSE TUNG: *Escritos militares*, p. 90, *opus citada*.

(33) QIAO LIANG and WANG XIANGSUI: *Unrestricted warfare*, pp. 215 y siguientes, *opus citada*.

supone la positivación de una doctrina invariable que se aplica dinámica y dialécticamente a situaciones cambiantes:

«Así como el agua no tiene formas estables no existen en la guerra condiciones permanentes... en el arte de la guerra no existen reglas fijas. Las reglas se establecen conforme con las circunstancias... la maniobra no ha de encorsetarse, el despliegue no ha de repetirse, acóplate al enemigo y alcanzaras la gloria» (34).

Su obra propugna la armonía, de hecho autores contemporáneos chinos herederos de esta tradición, llegan a pronunciarse por el pitagorismo, una ley del número que liga el éxito al manejo de las proporciones, y con ello a la armonía (35). Fortaleza y debilidad tienen un mismo origen:

«La táctica militar se asemeja al agua. El agua en su discurrir evita las alturas y se lanza hacia abajo; la táctica militar consiste en evitar los puntos fuertes del enemigo y buscar los débiles. El agua acomoda su curso a la configuración del terreno, la táctica militar consiste en establecer los planes del enemigo para conseguir la victoria basándose en las condiciones del enemigo» (36). Por eso Mao diría «no sólo tenemos que saber cómo emplear las tácticas sino también como variarlas. Para un mando flexible es tarea importante hacer cambios oportunos según las condiciones» (37).

Esta mística del agua –mediante la que se representa la falta de principios y apriorismos– presenta al líquido elemento como la quintaesencia de los valores adaptativos intrínsecos a la estrategia la cual, careciendo de forma, se convierte en la encarnación del no-ser y la expresión de la superioridad de:

«Lo ínfimo, lo invisible, lo que carece de un ser permanente vence siempre a lo que permanece idéntico» de modo que «un ejército alcanza la perfección cuando no muestra ningún flanco, ninguna formación a la que el enemigo sea capaz de oponerse» (38), idea está también recogida por Lao Tse.

Toda la estrategia militar china está impregnada del deseo de evitar, por estéril, un mortífero enfrentamiento directo «ningún movimiento sin bene-

(34) SUN TSU: *El arte de la guerra*, pp. 72-73, *opus citada*.

(35) QIAO LIANG and WANG XIANGSUI: *Unrestricted warfare*, pp. 155 y siguientes, *opus citada*.

(36) SUN TSU: *El arte de la guerra*, p. 14, *opus citada*.

(37) MAO TSE TUNG: *Escritos militares*, p. 170, *opus citada*.

(38) ALBERT, Galvani: *Introducción en El arte de la guerra de Sunzi*, p. 56, editorial Trotta.

ficio, ningún despliegue sin ganancia, ninguna batalla fútil» (39). No hay nada encomiable ni honroso en el obstáculo y la fatiga; se debe buscar lo fácil (40).

Mao en el año 1930 se libró de la tenaza que Chiang Kai Check pretendía cerrar sobre él, desplazando sus efectivos a gran velocidad, como un torrente de agua, durante 350 kilómetros en paralelo a las fuerzas de aquel con lo cual consiguió una superioridad relativa local (41) atacando sus unidades una por una y con gran rapidez:

«Nuestra estrategia es batirnos uno contra diez, nuestra táctica es batirnos diez contra uno» (42). Así pudo escribir «barrimos al enemigo como se enrolla una estera. Alguien gime desilusionado. ¿De qué sirve un bastión a cada paso?» (43).

La naturaleza de pulso del esfuerzo bélico la presenta como una sucesión y combinación infinita de fuerza extraordinaria y fuerza normal. De esta manera se utiliza lo ortodoxo para luchar y lo insólito para ganar la batalla (44), resolviéndose de paso el debate entre Clausewitz (esfuerzo principal, acción directa y batalla decisiva) y Liddell Hart (esfuerzo secundario, acción indirecta sin batalla decisiva), contemplando a ambos simultáneamente (45). Sun Tsu se convierte así en la suma de Liddle Hart y Clausewitz, por más que prefiera al primero.

Para ello es esencial conocer al enemigo –de ahí el énfasis que hace Sun Tsu en la inteligencia– porque la guerra es una relación dialéctica cuyo resultado depende de la relación entre las partes, de su capacidad adaptativa y del acierto con la que ésta se desarrolla. Por esta razón es capital obtener información sobre el contrario, al tiempo que se debe negar la

(39) SUN TSU: *El arte de la guerra*, p. 103, editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 2000.

(40) ALBERT, Galvani: *Introducción al arte de la guerra Sunzi*, pp. 79 y siguientes, editorial Trotta.

(41) Decía Eisenhower: «si el enemigo defiende una colina con un batallón y me dan dos batallones para que tome la colina, efectivamente la tomaré, pero a costa de sufrir muchas bajas. Que me den una división y la tomaré sin luchar», citado por Nixon (NIXON, Richard M.: *La verdadera guerra*, p. 124, editorial Planeta, Barcelona, 1980).

(42) LE BORGNE, Claude: *La guerra ha muerto*, p. 225, Ediciones Ejército, Madrid, 1988.

(43) PUELL, Fernando: *Introducción a SUN TSU: El arte de la guerra de Sunzi*, p. 14, *opus citada*.

(44) Idea en que insiste el pensamiento estratégico chino actual. Por ejemplo, QIAO LIANG and WANG XIANGSUI: *Unrestricted warfare*, p. 134, *opus citada*.

(45) LE BORGNE, Claude: *La guerra ha muerto*, p. 272, *opus citada*.

propia. «Conoce al enemigo y concóctete a ti mismo y podrás librar cien batallas sin conocer la derrota» (46). Prosiguiendo con este argumento, el engaño ocupa un lugar relevante en la estrategia pues impide que el enemigo se adapte con acierto:

«El arte de la guerra es el arte de ficción. Por tanto cuando seas fuerte simula debilidad. Cuando estés preparado para actuar finge apatía. Cuando próximo lejano, cuando lejano próximo» (47).

Y es que el engaño junto con los errores en la percepción de la situación impide que el enemigo, como el agua, se adapte a las fuerzas propias y pueda fijarlas. Tal idea se complementa con una constante transformación que lo hace insondable y polimorfo, imposibilitando aún más que el contrario se adapte a él.

Por eso Mao considera que inducir a apreciaciones erróneas y atacar por sorpresa significa transferir al enemigo todas las incertidumbres de la guerra y procurar a las fuerzas propias todas las certidumbres posibles (48). Esta conducta de engañar y beneficiarse de los errores ajenos, supone un alejamiento de las propuestas de los códigos caballerescos clásicos. La sorpresa permite evitar el engaño y posibilita una adaptación plena.

Mao propugnaba determinar con acierto la situación estratégica; de lo que se deducía reconocer el carácter guerrillero de sus operaciones, la estrategia de guerra prolongada y las campañas de decisión rápida, los frentes de operaciones inestables y la guerra de movimientos, las operaciones de aniquilamiento, el golpear en una sola dirección, la centralización relativa del mando, el adoctrinamiento, la disciplina política o la búsqueda de aliados que garanticen la unidad de acción y la integridad del esfuerzo (49).

La guerra de masas populares, que viene a sustituir al enfrentamiento de caballeros especializados, sólo resulta posible mediante la vertebración de ese colectivo informe a través de una disciplina que lo convierta en un auténtico ejército, prolongación directa de la voluntad de su jefe, como la espada es la prolongación del brazo.

(46) SUN TSU: *El arte de la guerra*, p. 15, *opus citada*.

(47) *Ibidem*, p. 51. Se ha traducido la palabra *dao* por arte para facilitar la debida comprensión del texto.

(48) MAO TSE TUNG: *Escritos militares*, p. 241, editorial Rioplatense, Buenos Aires, 1972.

(49) *Ibidem*, pp. 107 y 108.

General y ejército constituyen un todo armónico, «como rebaño de ovejas, llevará a los hombres de un lado para otro, sin que nadie sepa adonde va» (50) consecuentemente, el elemento psicológico tiene una gran trascendencia tanto la propia como del enemigo. Fiel a esta realidad y tratando de sacar partido en sentido inverso, Mao da un paso más y propugnaba un ejército que se dedique no «sólo a luchar», sino que sirva para hacerse con las masas y encuadrarlas (51). Nuevamente la bidireccionalidad de la guerra.

Mientras confucianos y taoístas sostienen la bondad innata del ser humano; los legistas y los estrategas militares rechazan esta opción (52). Sin afirmar lo contrario, consideran que el hombre satisface sus apetitos, lo que no es bueno ni malo sino natural, y obliga a establecer un sistema de castigos y recompensas con vistas a dirigir su espíritu en la dirección adecuada. Las pasiones no deben ser contenidas, sino evitadas.

Mao recomendaba perturbar el orden de la sociedad hostil, romper su armonía:

«Desorganizad todo lo que es bueno en la zona enemiga, tratad de mezclar los representantes de las más altas esferas en empresas criminales... propagad la disensión y la discordia entre los ciudadanos» (53).

Así, la guerra se transforma en un duelo entre generales que se desarrolla entre versatilidad y flexibilidad. No se pretende aniquilar al enemigo, eso es secundario; es más, propugna utilizarlo en beneficio propio. Se dirige a derrotar los planes del enemigo, sus alianzas y contra el espíritu del jefe «los que son expertos en el arte de la guerra someten al enemigo sin combatir» (54). Los ejércitos se enfrentan pero la victoria está ya decidida antes del combate. Como caso particular, la guerra prolongada desarrollada por Mao en la década de los años treinta frente al invasor japonés, pasa por tres fases diferenciadas, la defensiva estratégica, la fase de equilibrio y la ofensiva estratégica. Implicaba pues un conjunto de medidas psicológicas, políticas y militares.

(50) *Ibidem*, pp. 97 y 98.

(51) SHY, John y W. COLLIER, Thomas: *La guerra revolucionaria*, p. 864, *opus citada*.

(52) GALVANI, Albert: *Introducción en El arte de la guerra Sunzi*, p. 63, *opus citada*.

(53) GRIFFITH, Samuel D.: *Introducción*, p. 16, *opus citada*.

(54) PUELL, Fernando: *Introducción en El arte de la guerra de Sunzi*, p. 58, *opus citada*.

En la fase defensiva no importa sacrificar espacio, lo que interesa es conseguir el apoyo popular y generar una infraestructura; en la fase de equilibrio, se trata de conseguir espacio y procurar que el enemigo quede confinado a unos puntos fuertes; la tercera fase se ejecuta con el concurso de un ejército popular y el levantamiento en masa y en ella se pretende la derrota definitiva del enemigo (55).

Debe quedar claro que Mao (56) no consideran la guerrilla como una forma de combate independiente, sino un paso en la dirección de la guerra total, que se realiza en apoyo de un ejército regular cuya victoria será la realmente la definitiva (57). La guerrilla trata de establecer las condiciones objetivas pero el golpe decisivo lo debe efectuar un ejército regular en una batalla decisiva.

Verstrynge discrepa de este planteamiento y apunta a que:

«No es correcto limitar la guerra asimétrica a la guerra de guerrillas, pero esta última es, sin embargo, la quinta esencia de la primera».

Para darle la razón conviene no olvidar que el esquema de Mao se reeditará en las guerras de independencia de Vietnam y de Argelia pero las fuerzas regulares en cada conflicto irán menguando, para con el radicalismo islámico y los movimientos terroristas internacionales – que aceptaran en su doctrina un levantamiento de masas– acabar por desaparecer.

Aron (58) explica su proceder señalando que su guerra es ofensiva en su finalidad y en su totalidad política, pero precisa de una fase de defensa estratégica, que implica sacrificar espacio para ganar tiempo y utiliza fórmulas de repliegue convergente para conseguir victorias tácticas. Griffith, por su parte, señala que:

(55) MAO TSE TUNG: *Escritos militares, opus citada*.

(56) *Ibidem*, p. 63.

(57) Al decir de Clausewitz «por valiente que sea un pueblo, por guerreras que sean sus costumbres, por grandes que sea su odio del enemigo y por favorable que sea el terreno, es indudable que la guerra popular no puede mantenerse en una atmósfera demasiado cargada de peligro.» ARON, Raymond: *Pensar la guerra*, p. 95, Clausewitz, T. II, *opus citada*.

(58) ARON, Raymond: *Pensar la guerra*, p. 103, Clausewitz T. II, Ministerio de Defensa, Madrid, 1993.

«La retaguardia del enemigo es su frente; a su vez ellos no tienen retaguardia. Sus problemas logísticos son resueltos en forma directa y elemental: el enemigo es la fuente principal de las armas» (59).

Mao se pronuncia por la guerra prolongada y de desgaste, consciente de que si no puede vencer, tampoco puede ser vencido. La gestión del tiempo en este marco resulta capital en las nuevas guerras, afectan a su dimensión eficiente (capital para pensadores como Qiao), a la valoración de los objetivos así como a la dimensión psicológica de los conflictos al hacer que se perciba la victoria como inaprensible. Al decir de Aron los guerrilleros ganan cuando no pierden, los soldados pierden cuando no ganan:

«Ustedes tienen los relojes, nosotros el tiempo.»

En este contexto, no es sencillo conseguir una sincronía entre los tiempos político y militar, es más, resulta muchas veces extremadamente difícil su establecimiento, lo que obliga a su permanente reseteo (60). Y es fundamental la sincronización de ambos; caso de no lograrse, la guerra corre el riesgo de perder su sentido y tornarse absurda; así, por ejemplo, puede producirse el desmontaje de la narración que sirve para la articulación de la violencia en las nuevas guerras, unos conflictos con un componente más discursivo-expositivo que dialéctico (en su sentido clausewitzano).

Las nuevas guerras modifican también el modelo de soldado, el nuevo soldado no es un especialista no resulta necesaria una gran formación; no importan los medios tanto como la predisposición al combate:

«No hay gran diferencia entre un soldado y un granjero... Simplemente dejan la granja y se convierten en soldados» (61) y tampoco se precisa que estén muy armados: «un pelotón tiene de nueve a once hombres»... su armamento será de dos a cinco

(59) GRIFFITH, Samuel D.: *Introducción* al libro de MAO TSE TUNG: *La guerra de guerrillas*, p. 45, *opus citada*.

(60) Qiao y Wang consideran como principios básicos de la guerra moderna, el permanente reajuste y control de los procesos, la coordinación multidimensional y una sincronización basada en la gestión de la información, por la cantidad de planos que se ven simultáneamente (no secuencialmente como antaño) implicados. QIAO LIANG and WANG XIANGSUI: *Unrestricted warfare*, pp. 207 y siguientes, *opus citada*. Algo que es capital también en el concepto de las operaciones basadas en el efecto.

(61) MAO TSE TUNG: *La guerra de guerrillas*, p. 103, *opus citada*.

fusiles... fusiles de manufactura local, escopetas, lanzas y grandes espadas» (62).

La guerra asimétrica plantea graves problemas morales. Mao sostenía también que:

«Todos los medios, cualquiera que sean, se justifican para alcanzar los fines buscados, sin importar los estúpidos escrúpulos de benevolencia, rectitud y moralidad» (63).

T. E. Lawrence decía, tras recibir una bofetada de un comandante médico británico:

«Todo el que lleva a cabo una rebelión de los débiles contra sus amos debe acabar tan manchado, que luego nada en el mundo puede hacerle sentir limpio» (64).

Pero todo esto no es mucho más de lo que en su momento señalara Maquiavelo.

La cuestión es que los medios afectan a los fines, a medios impuros corresponden fines impuros y eso tiene un precio no pocas veces excesivo. Una postura es un concepto estático que no se puede pretender aplicar a un fenómeno diverso y dinámico por lo que, siguiendo el pensamiento de Shinmen Musashi (65), quizá lo que conviniera adoptar es «la actitud de la no-actitud» (66), con la que se responde proporcionalmente en cada caso siguiendo de un modo reflejo los principios axiológicos que han permitido la conformación doctrinal de Occidente y que, como el agua, son adaptados a cada situación pero sin variar su esencia:

«Vencer es fácil, ser vencido es fácil. No vencer ni ser vencido; he ahí el verdadero camino» (67).

(62) *Ibidem*, p. 111.

(63) VV.AA.: «La guerra revolucionaria», Documento de Trabajo de la Escuela de Estado Mayor del Ejército de Tierra.

(64) LAWRENCE, T. E.: *Los siete pilares de la sabiduría*, p. 551, editorial Óptima, Barcelona, 2000.

(65) MUSASHI, Miyamoto: *El Libro de los cinco anillos*, p. 111, Miraguano, S. A. Ediciones, Madrid, 2004.

(66) *Ibidem*, p. 51.

(67) *Ibidem*.

La guerra en el pensamiento de Lao Tse

El taoísmo, lejos de ser considerado una doctrina política ha sido a veces visto como una propuesta anarquista. No obstante, el *Tao Te King* es un texto filosófico militar que contiene una depurada concentración de los principios que rigieron el arte militar de la antigua China. De sus 81 capítulos hay 10 dedicados a la guerra y 20 en que ésta se encuentra directamente aludida, apuntándose por ello que puede ser un desarrollo de la obra de Sun Tsu (68).

Se diferencia en que su propuesta encarna una dialéctica más elevada, y en que su formulación cuenta con unos niveles de abstracción muy superiores y, consecuentemente, menos prácticos. El libro muestra un idealismo que sirve para exponer algunos principios teóricos que regulan la lucha política y la militar. El propio *Tao* puede ser interpretado como una ley de interdependencia o interrelación universal construida bajo el principio de que todo influye en todo.

La filosofía intimista de Lao Tse, como también en menor medida hace Sun Tsu, capta una ley objetiva y es que las cosas se transforman en su contrario formando una dialéctica trascendental de parejas extremas cuyas existencias están mutuamente ligadas; ser-no ser, movimiento-quietud, paz-guerra.

Su modelo de liderazgo propone una humildad, una humanidad, que lleve al líder a ocupar un nivel inferior que le permita gobernarlo todo sin por ello ofender a nadie, «situándose detrás se coloca delante» (LI) y así «empuñar las armas como si no las tuviera, imponerse como si no hubiera enemigo» (XXXIV) se desplaza con naturalidad, gobierna de modo invisible.

En este marco, un concepto clave del taoísmo, cuya transposición al medio militar resulta fácil es el *wu wei*, el principio de no actuación, de no intervención; el sabio que ha alcanzado la iluminación no actúa, deja que las cosas sucedan. Carece de intencionalidad y voluntad, nada busca, nada pretende, por nada lucha. Es así un catalizador de los acontecimientos y expresión de su discurrir (69).

(68) PRECIADO, Juan Ignacio: *Introducción en LAO ZI: El libro del Tao, opus citada.*

(69) *Ibidem*, pp. XXV y siguientes.

Como ejemplo sirve la campaña de Rusia de Napoleón. La única oportunidad que tenía éste de vencer al zar Alejandro II era que se reconociera vencido tras la toma de Moscú. Pero al no hacerlo ni enfrentarse en campo abierto, Napoleón quedó atrapado, y su victoria se transformó en derrota (70).

Y aquí es oportuno recordar que los grandes maestros de la estrategia son maestros en lo que se conoce como la inacción militar, el sublime arte de saber no hacer nada, de esperar a que las fuerzas encarrilen los problemas y no interferir sino puntualmente –cuando no queda otro remedio– en el decurso de los acontecimientos para modificarlos en la dirección deseada; por eso el soberano ideal es aquel que gobierna sin gobernar; el general no manda, indica, se deja llevar por la ola que trata de conducir pero sólo en el margen de maniobra que considera viable. Al tiempo, es su imagen y representación.

La clave del pensamiento estratégico de Lao se encuentra en que «lo débil vence a lo fuerte» (XLIII; lo que resulta muy interesante a la hora de analizar la guerra asimétrica), porque «lo verdaderamente fuerte está debajo» (frase con auténticas connotaciones revolucionarias) y «lo débil en realidad arriba», «conservarse débil se llama fortaleza» (LXXXX; como la Alemania de Bismarck, también muy de aplicación a los terroristas), «el hombre al nacer es blando y débil, cuando muere rígido, firme y duro... la firmeza y la dureza son atributos de muerte, la blandura y la debilidad son atributos de la vida». Todos estos conceptos van a resultar de gran valor en la teoría de la revolución.

Lao Tse utiliza como Sun Tsu la «mística del agua» pero no por sus valores adaptativos, sino porque tiende a situarse debajo y a dominar (71); así «nada hay en el mundo más blando y suave que el agua, pero nada hay que pueda superarla en el combate contra lo duro y resistente» (XLIII); de ello, se deduce, por ejemplo que «si quieres disminuir algo debes antes agrandarlo, si quieres debilitar algo debes antes fortalecerlo, si quieres eliminar algo debes antes hacerle concesiones» (LXXX; piénsese en la situación de la Autoridad Nacional Palestina, en la que puede materializarse represalias), «los fuertes no pueden tener un buen fin» (V).

(70) ARON, Raymond: «Paz y guerra entre las naciones», p. 47, *Revista de Occidente*, Madrid, 1963.

(71) PRECIADO, Juan Ignacio: *Introducción en LAO ZI: El libro del Tao*, p. LXI, *opus citada*.

Su conclusión a nivel estratégico es que «en la guerra se emplean tácticas cambiantes» (XX) por lo que «lo normal se convierte en anómalo» (XXI); como Sun Tsu considera que la guerra es el «arte del engaño»: «un buen jefe militar no tiene aspecto fiero, un buen guerrero no hace alarde de su fuerza» (XXXIII), «cuando se enfrentan dos fuerzas iguales, vencerá el que más se lamenta» (XXXIV). De hecho, y como Sun Tsu, considera que el objetivo de una guerra es vencer, no derramar la sangre del enemigo, por eso «un hábil vencedor de su enemigo no entabla con el combate» (XXXVIII).

Sin proscribir la guerra, la considera indeseable. «Las armas instrumentos nefastos detestadas por las cosas, el hombre que posee el dao no las emplea» (LXXV), «las acciones violentas sólo provocan efectos negativos, donde campan los ejércitos sólo crece la maleza» (LXXIV) hasta el punto de que propone tratar la victoria militar con ritos de duelo (LXXV). La estrategia, así vista, es el arte de vencer al enemigo al mínimo costo.

Además, y como consecuencia directa del *wu wei* (72), recomienda pasividad y situarse en situación de inferioridad sin cometer el grave error de despreciar al enemigo «no atreverse a ser el primero permite llegar a ser señor de todos los asuntos» (XXXII), «no me atrevo a avanzar un cum, prefiero retroceder un chi» (XXXIV) lo que enlaza con la afirmación de Clausewitz de que «la defensa es más fuerte»; de esta forma, ocultando el propio despliegue e imbuido en su seguridad –«no me atrevo a hacer de anfitrión, prefiero hacer de huésped» (XXXIV)– se pueden adivinar los puntos débiles del contrario.

En fin, los clásicos del pensamiento chino que se han analizado son más cercanos a la propuesta de aproximación indirecta de Liddell Hart que a Clausewitz (aunque Mao recoge muchos de sus postulados). Si el uno sostiene que:

«La sangre es el precio de la victoria», el otro citando a un pugilista propone «dejadles que se acerquen a ti y se derrotarán ellos mismos, «atrae a tu contrincante al ataque y consigue que tenga ambas manos fuera de combate» (73). Más plástico es el «puñetazo al parálítico» propugnado por Trotski.

(72) *Ibidem*, p. XXVII.

(73) LIDDELL HART, B. H.: *Estrategia: la aproximación indirecta*, p. 303, *opus citada*.

La dislocación estratégica propugnada por Liddell Hart tras su experiencia en la Primera Guerra Mundial se consigue por el desequilibrio generado por una situación con una ventaja tal que, si no se consigue propiamente la victoria, se conseguirá tras la batalla que le siga a continuación. Tal ventaja puede alcanzarse física o psicológicamente.

Desde un punto de vista físico mediante la realización de un movimiento que perturbe sus preparativos, separe sus fuerzas, ponga en peligro los abastecimientos o amenace sus rutas de retirada. Y desde un punto de vista psicológico se consigue generando una sensación de estar atrapado en una situación de manifiesta desventaja (74).

Las nuevas guerras y el pensamiento de los clásicos. Clausewitz y Sun Tsu. Una comparativa

La guerra asimétrica enfrenta contendientes con diferentes capacidades pero sobre todo que obedecen a diferentes modelos estratégicos. Esta diferencia obliga al más débil a optar por la originalidad –a la que, de paso, obliga al fuerte–, a rechazar modelos convencionales y desplazarse hacia espacios no militares. Una guerra puede materializarse con ataques financieros, informáticos, etc.; no precisa ser sangrienta o siquiera de ser militar (75).

Hasta cierto punto, enfrenta Sun Tsu a Clausewitz. Qiao habla de un cambio en el modelo de guerra como resultado en un cambio en los esquemas de pensamiento.

No obstante, Sun Tsu y Clausewitz comparten muchos elementos en común. Ambos desarrollan una teorización de la guerra, que la convierte en un instrumento y en una prolongación de la actividad política, a la vez que consustancial con aquélla. La estrategia se transforma así en el arte del general con la que se convierte la guerra en una suerte de combate de inteligencias y voluntades

(74) *Ibidem*, pp. 514 y siguientes.

(75) QIAO LIANG and WANG XIANGSUI: *Unrestricted warfare*, p. 72 y siguientes, *opus citada*. Piénsese en los *ataques* del financiero George Soros a algunas monedas o los embargos de fondos argentinos practicado por el Reino Unido durante la guerra de las Malvinas.

Pero existen diferencias. Mientras uno considera a la guerra como el arte del engaño, el otro la compara con un camaleón. Si Clausewitz propugna ir del fuerte al fuerte (maniobra de desgaste, una vez destruido el contingente principal, los demás serán más fáciles y estarán desmoralizados), Sun Tsu subraya la conveniencia de ir de lo débil a lo fuerte (maniobra relacional) oponiendo a la consistencia del contrario sutilidad, flexibilidad y dinamismo; se trata de evitar lo consistente e infiltrarse por lo hueco. Perseverar en el golpeteo de lo más fuerte o deslizarse sobre ello hasta encontrar la parte más vulnerable del sistema.

El agua, inaprensible pero capaz de amoldarse a todo, se desliza sobre el plano del conflicto hasta infiltrarse por cualquier resquicio. Abandonada a sí misma es capaz de oxidar cualquier acero, sólo precisa de tiempo.

El pensamiento oriental aunque no desdeña la violencia, como se ha visto, considera que debe utilizarse con carácter residual. Prefiere fórmulas como la sorpresa. Pero Clausewitz:

«No nos interesan los generales que se alzan con la victoria sin derramamiento de sangre. Siendo la matanza un espectáculo horrible, hemos de tomar la guerra más en serio, pero no servimos de ella como excusa para embotar progresivamente nuestras espadas en nombre de la humanidad. Antes o después vendrá alguien con la espada afilada para romper a golpes nuestras armas» (76).

Diciendo esto descubre que no puede la nación conformarse con generales que alcanzan victorias limitadas, que son las únicas que pueden alcanzarse sin derramamiento de sangre, y las compara con «un asunto propio de brahmanes» (77), curiosa alusión, ya se ha visto, a una forma de conflicto de la que será maestro Gandhi.

Clausewitz dice que la guerra hay que apurarla hasta el final que no puede haber nada más que un resultado el de la victoria o el de la derrota, que la guerra debe resolver el pulso y no dejarlo pendiente de una nueva partida. Para Clausewitz la guerra es a muerte. Coincide con el general McArthur en la apreciación de que en la guerra no hay sustituto de la victoria y ésta debe ser total. Esta forma de concebirla puede saltar por encima de

(76) CLAUSEWITZ, Carl von: *De la guerra*, T II, p. 553, Ministerio de Defensa, Madrid, 1999.

(77) *Ibidem*, p. 552.

los límites que el campo político le impone y hacer imposible alcanzar la finalidad política que la debe presidir (78).

Para los clásicos orientales, como para Eisenhower: «no hay sustituto para la paz». Si la victoria militar sin paliativos se convierte en el fin mismo de la guerra entonces la política deja de contar una vez comenzadas las hostilidades, lo que supone una extravagante y peligrosa suspensión. Si no se relaciona la lucha con los objetivos políticos, los medios con los fines, puede llegar a concebirse la guerra como algo parecido a una carnicería sin mayor sentido (79).

La cuestión es, ya se ha dicho, que el agente asimétrico desarrolla un monólogo, con lo que la dialéctica militar tiene resultados normalmente limitados (el caso de Sri Lanka en el año 2009 es ejemplo de lo contrario de victoria clausewitziana) en el plano del discurso y esa igualación en el furor es empleada para deslegitimar al fuerte por desmesurado.

Y es que también cabe la postura inversa, que sean los fuertes los que asuman los métodos de los débiles para enfrentarse a ellos, como Napoleón apuntaba «frente a los partisanos hay que actuar como un partisano» (80). La asimetría lleva implícita una concepción novedosa de conducción de la guerra (81).

Pero los fuertes no están preparados para aplicar esa metodología, por más que la guerra tienda a igualar a las partes, y no solamente porque sus sociedades no lo acepten, que también. Los grandes no saben hacer guerras pequeñas. A veces clasificar a una guerra como asimétrica es una forma de decir que, contra todo pronóstico no se está ganando o, incluso, se está perdiendo.

De esta manera la guerra se transforma en un asunto de voluntad, de voluntad de vencer. La *trinidad* de Clausewitz: pueblo, gobierno y Fuerzas Armadas no puede desengancharse de esta realidad y queda ligada a la victoria. La victoria no puede conseguirse sí uno de estos elementos no

(78) GONZÁLEZ MARTÍN, Andrés, y otros: «Evolución del pensamiento estratégico», X Curso de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, documento de trabajo del Departamento de Estrategia, septiembre de 2008.

(79) *Ibidem*.

(80) ARON, Raymond: *Pensar la guerra*, Clausewitz, T. II, *opus citada*, p.197.

(81) JORDÁN, Javier y CALVO, José Luis: *El nuevo rostro de la guerra*, p. 42, Ediciones Universidad de Navarra, Barañáin, 2000.

colabora para ello; a sensu contrario, actuar contra los elementos que los ligan es una forma de derrotarlos.

Darwin no hablaba de la supervivencia del más fuerte, sino del más apto, del que mejor se adapta. Los clásicos orientales inciden particularmente en la adaptación al enemigo para alcanzar la victoria, «acóplate al enemigo y alcanzaras la gloria», algo que la supremacía tecnológica y económica de Occidente había podido hacer olvidar. Y es que como sostiene Se Ma:

«Un ejército pequeño sólo puede obtener ventajas pequeñas; pero estas pequeñas ventajas multiplicadas le hacen lograr sus fines... un ejército pequeño no debe permanecer fijo en un lugar, debe estar siempre en acción y en marcha... en presencia del enemigo debe volver sobre sus pasos constantemente con el fin de poder fatigar al enemigo y combatirlo en todas partes» (82). En contraste, «un ejército grande puede de repente lograr su objeto; pero también puede de repente no conseguir su objeto... un ejército numeroso debe estar firme y como inmóvil en su campo; no debe cambiar de lugar a menos que una necesidad absoluta le obligue a ello; no debe salir de él como no sea para combatir... cuando un ejército numeroso se halla en presencia de un enemigo, debe detenerse, ya para comenzar el combate o para esperar a que el enemigo lo comience» (83). Y es «difícil de mantener, de situar, de conducir, de maniobrar... Cuantos hombres únicamente destinados a guardar, a preparar, a consumir, a vivir y con frecuencia incluso a malversar, a intimidar, a corromper, a perjudicar de mil modos... como en dos instantes sucesivos puede dar órdenes diferentes y a veces contrarias de acuerdo con lo que exigen las circunstancias... Ve su error quiere repararlo; percibe el mal, quiere preservarse de él; eso no es posible; la máquina está en movimiento, tiene que marchar» (84).

El primer paso para abordar un conflicto siempre es comprenderlo en toda su dimensión y contradicción interna.

(82) CHOLET, E.: *El arte militar de los chinos*, p. 77, opus citada.

(83) *Ibidem*, pp. 7 y 787.

(84) *Ibidem*, pp. 78 y 79.